

La conquista de México ha sido considerada, justicieramente, como una de las más grandes hazañas de la historia. En realidad, han sucedido muy pocas cosas en el mundo que se puedan parangonar en valor, audacia y éxito con el sojuzgamiento por Cortés y sus huestes del gran Imperio Azteca.

A principios del siglo XVI, y pese al hecho de que llevaba sólo dos centurias de creada por tribus de poderío muy escaso, ya Tenochtitlán, la hermosa y rica ciudad fundada por los seguidores del gran Tenoch era la capital de un vasto y poderoso Imperio que regía un supremo mandatario a quien obedecían directamente o pagaban tributo los pobladores del inmenso territorio comprendido entre los dos océanos, los desiertos del norte y las boscosas regiones que colindan con Guatemala.

La organización de este imperio era, en todos los aspectos, tan perfecta, que hubo de asombrar a los propios conquistadores hasta el punto de compararla favorablemente con las de las antiguas naciones del Continente Europeo.

De acuerdo con lo que dicen los más reputados cronistas, el Imperio Mexicano estaba regido por un soberano de poder casi absoluto que dictaba las leyes y las hacía ejecutar en forma extremadamente severa. Este soberano, llamado al principio rey y más tarde Emperador, era elegido entre los miembros más distinguidos de la familia real, teniendo en cuenta su capacidad y destreza en el arte de la guerra: su coronación se efectuaba con grandes festivales y ceremonias religiosas que incluían el sacrificio a los dioses de cientos o millares de esclavos recolectados en todas las regiones del país. Un grupo de nobles aconsejaban al supremo mandatario en la gobernación de sus vastas posesiones destacándose, entre ellos, los reyes de Texcoco y Tlacopan, que venían a ser una especie de confederados del Emperador Azteca.

En todas las ciudades importantes había un juez de primera categoría, cuyas decisiones eran inapelables aún ante el propio soberano y que entendía de las causas importantes, especialmente criminales. En las causas criminales de menor categoría y en las civiles intervenían tribunales formados por tres jueces que decidían previa consulta con el primero.

Se consideraban delitos graves, a veces merecedores de la pena de muerte, el asesinato, el robo, el ataque a propiedad ajena, la embriaguez, el cohecho a los jueces o a los recaudadores de las rentas públicas, la prevaricación de estos últimos, etc. Existían tribunales encargados de las cuestiones relativas al matrimonio que eran, a la vez, los únicos autorizados para conocer y resolver sobre los casos de divorcio.

Las rentas reales provenían de los tributos impuestos a todos los vasallos, cualesquiera que fueran sus jerarquías, incluyendo desde productos agrícolas hasta vestidos de algodón, mantos de primorosas plumas, armaduras, oro en polvo, joyas y vasijas de este metal, utensilios de cobre, papel, maderas y cientos de otros artículos. Todos estos tributos estaban fijados por los signos y numeración correspondientes en las pinturas jeroglíficas que se entregaban al soberano para comprobar la satisfacción de las gabelas impuestas a los contribuyentes.

Había un servicio de correo, efectuado por mensajeros que se revelaban en el transcurso de sus veloces carreras, que enlazaba a todas las regiones del Imperio con su ciudad capital y un ejército aguerrido y numeroso jefaturado por los más valientes hijos de nobles de la nación. El sacerdocio era numerosísimo, como tenía que ser en un pueblo politeísta y fanático extremo, y disfrutaba de consideraciones y respeto solo igualados por los dispensados a las mejores clases castrenses.

Cortés y su desembarco en las costas de Veracruz. Por los detalles en él reproducidos puede sacarse en consecuencia el boato, lujo y esplendor que imperaban en la corte del dueño y señor absoluto de Anáhuac.

HERNAN CORTES

El conquistador de México nació en Medellín, Extremadura. En el año de 1485. En 1504, sediento de aventuras y oro, llegó a la isla de Santo Domingo que gobernaba a la sazón el Comendador Ovando. No encontrado allí lo que anhelaba embarco para Cuba en 1511 e hizo amistad con el Adelantado Diego de Velásquez, gobernador de la Perla Antillana. Cuando el Adelantado de Cuba decidió armar a sus costas una flota para ir a la conquista de las tierras descubiertas por Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva escogió para el cargo de jefe de la expedición a Cortés. No tardó en arrepentirse de la elección pero, por desgracia para él, ya Cortés, adueñándose del mando de la flota, abandonaba las costas de Cuba, haciendo caso omiso del patrocinador de su viaje, y enfilaba el rumbo de sus naves hacia México, es decir, hacia la fortuna ya la gloria.

Uno de los magníficos palacios construidos por Cortés para su residencia en México. Se encuentra situado en Cuernavaca, capital del estado de Morelos, y constituye un verdadero museo artístico e histórico que continuamente visitan los turistas de todas las procedencias.

Cuando Cortés, el 10 de febrero de 1519, abandonó las costas de Cuba al frente de los escasos expedicionarios que lo acompañaron a la conquista del mas grande y poderoso imperio americano (la expedición estaba compuesta de 9 barcos en los que iban 680 soldados y marineros, 16 caballos, 10 cañones, 13 arcabuces y 4 falconetes), reinaba en tenochtitlán el décimo monarca de la dinastía azteca, llamado Moctezuma II (sus antecesores fueron: Tenoch, Acamipitzin, Huitzilihuitl, Chimalpopoca, Itzcoatl, Moctezuma I, Axayacatl, Tizoc y Ahuizotl), que había ascendido al trono más que como guerrero, como virtuoso y sabio sacerdote. Este soberano tuvo noticias de la llegada de los españoles a las costas mexicanas tan pronto éstos pusieron sus plantas sobre las playas de la península de Yucatán, donde Cortés tuvo que vencer a los indios en su primera batalla es suelo mexicano. Se sobrecogió de terror creyendo en la llegada de un temible e indestructible Dios vengador (Quetzalcoatl) que iba a arrojarlo del trono y a arrebatarse a los aztecas el suelo que habían conquistado , con gran denudeo, hacia solamente unos escasos doscientos años, y envió en seguida emisarios a las costas del Golfo de México que lo tuvieran al tanto de los movimientos de la flota invasora.

El 21 de abril desembarcó Cortés con su pequeño ejercito en el sitio o muy cerca del sitio donde se encuentra erigida la actual ciudad de Veracruz; con él venia la famosa Doña Marina o Malinche, princesa india que le había sido entregada, entre un grupo de esclavos, por los indios vencidos de Tabasco y que fue su intérprete, consejera y amante. Inmediatamente se llegaron hasta él los emisarios de Moctezuma, haciéndole entrega de ricas joyas y vestimentas sacerdotales que le enviaba como presente el Emperador Azteca. Cortés reciprocó los obsequios con otros muy vistosos, pero de modesto valor, e hizo conocer a los embajadores del soberano de Tenochtitlán el gusto que tendría en ir pronto a saludarlo. A Moctezuma le causó gran angustia conocer los deseos del atrevido intruso y echó mano de todos los recursos para evitar la desagradable visita. Pero fue inútil. Cortés, ayudado por el cacique de Cempoala, emprendió camino hacia la ciudad anhelada. En Tlaxcala venció a los ejércitos de Xicoténcatl y convenció a los tlaxcaltecas para que lo acompañaran y siguieran en la conquista de México. Con cien mil de ellos venció en Cholula a cincuenta mil soldados de Moctezuma que le habían preparado una sorpresa y siguió avanzando hacia Tenochtitlán por la ruta de Calpan, Cuauhtechacatl, Amecameca, Ayotzingo, Mizquic e Ixtapalapan.

Hizo su entrada en la ciudad capital del Imperio el 8 de noviembre del mismo año de su desembarco, después de haber vencido los obstáculos y orillado las dificultades que puso a su paso el atemorizado Moctezuma. Este rodeado de los personajes más ilustres de su corte, lo recibió con demostraciones de simpatía y respeto a la mitad de una de las tres grandes calzadas (de ixtapalapa), que conducían, por sobre las aguas del lago de Texcoco, hasta la maravillosa y resplandeciente Tenochtitlán. Lo llevó hasta su palacio, lo colmó de magníficos regalos y le dio, para su alojamiento y el de su tropa, el edificio señorial que Axayacatl, padre del soberano, había construido hacia cincuenta años y que estaba situado a un costado del terreno que hoy ocupa la Catedral Metropolitana de la ciudad de México.

A la semana de estar Cortés en tenochtitlán y con el temor de que su permanencia diera lugar a una revuelta, decidió apoderarse de la persona de Moctezuma y así lo hizo, llevándolo prisionero para el edificio que le servía de alojamiento. Como se rebelaran contra el cautiverio del Emperador el príncipe tezcucano Cacama y

otros altos jefes del ejército azteca. Cortés, unas veces mediante ardides y otros por la fuerza, los redujo a todos a prisión. Las cosas parecían marchar maravillosamente para el Conquistador y sus huestes (los españoles habían descubierto y desvalijado, inclusive, un cuarto secreto en el Palacio de Moctezuma en que se guardaban grandes tesoros) cuando les llegó la noticia de que había desembarcado en Veracruz, con fuerte contingente de hombres armados, Pánfilo Narváez, enviado por Diego de Velásquez para reducir a Cortés a la obediencia. Este, ni corto ni perezoso, corrió a la costa, venció a Narváez con una estratagema digna de su ingenio y se sumó, con reiteradas promesas de fortunas inmensas, a casi todos los soldados y marinos que el Adelantado de Cuba había mandado para combatirlo.

Cuando regresó a tenochtitlán los mexicanos estaban en plena insurrección. No pudo dominarlos ni siquiera con la ayuda de Moctezuma, que murió cobarde y resignadamente como consecuencia de las heridas que hubo de recibir a mano de sus súbditos enfurecidos, y tuvo que abandonar la ciudad tras una contundente derrota en que perdió la mayor parte de sus hombres y la totalidad del tesoro que había arrebatado del palacio de su real cautivo.

Volvió el Conquistador, por el mismo camino que había seguido para su entrada aparentemente amistosa en Tenochtitlán, a la ciudad de Tlaxcala, que lo recibió entre halagos y le ofreció toda la ayuda necesaria para la reconquista de la ciudad perdida, la que efectuó, después de tres meses del mas terrible e inhumano asedio, el día 13 de agosto de 1521.

Cortés, que no pudo recuperar los tesoros de Moctezuma ni siquiera sometiendo a cruel tormento al valeroso Cuauhtémoc, el héroe de la residencia Azteca, se dedicó pronto a la reconstrucción de la capital destruida por el combate, así como a la exploración de las tierras desconocidas y a la búsqueda y explotación de las minas de oro, plata y piedras preciosas existentes en el país. Algunos años mas tarde estaba terminada la conquista del vasto imperio Azteca, la cuál sólo fue posible, digámoslo claramente, por el concurso que al conquistador español hubieron de proporcionarle los indios de Tlaxcala y otras regiones y por las indudables superioridad de las armas usadas por sus soldados.

La gratitud del pueblo mexicano a los misioneros defensores de los esclavizados indios ah quedado patente en los artísticos monumentos existentes en sus ciudades principales que continuamente rememoran el noble gesto de los generos frailes que España mandó a América en los primeros años de la Colonia.